

➤ *Domingo 17 del tiempo ordinario, Año A (2011). Salomón pide a Dios que le conceda un corazón dócil, prudente, para gobernar con sabiduría y justicia. Nosotros también necesitamos un corazón dócil para que, por la escucha de la Palabra de Dios, vivamos con sabiduría y descubramos en las cosas y en los acontecimientos el significado último querido por el Señor. Cristo es la sabiduría de Dios: acogerle es acoger el reino de los cielos, un tesoro para cuya adquisición debemos vender otros bienes (cfr. Evangelio de hoy). La vida cristiana es acoger a Cristo – hacerse su discípulo, aceptar su reinado - para que, por la acción del Espíritu Santo, lleguemos a ser un solo espíritu con Él, y hagamos así lo que agrada a Dios Padre. Vivir en el cielo es estar con Cristo. Quien elige a Jesús encuentra el tesoro mayor, la perla preciosa, que da valor a todo lo demás, porque él es la sabiduría divina encarnada.*

❖ Cfr. Domingo 17 Tiempo ordinario Ciclo A, 24 julio 2011

Salmo 118, 57.72; 76-77; 127-128; 129-130; Mateo 13, 44-52

Mateo 13, 44-52: -«El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, **lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.** El reino de los cielos se parece también a un comerciante en **perlas finas** que, al encontrar **una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra.** El reino de los cielos se parece también a la red que echan en el mar y recoge toda clase de peces: cuando está llena, la arrastran a la orilla, se sientan, y reúnen los buenos en cestos y los malos los tiran. Lo mismo sucederá al final del tiempo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de los buenos y los echarán al horno encendido. Allí será el llanto y el rechinar de dientes. ¿Entendéis bien todo esto?» Ellos le contestaron: -«Sí.» Él les dijo: -«Ya veis, un escriba que entiende del reino de los cielos es como un padre de familia que va sacando del arca lo nuevo y lo antiguo. »

1ª Lectura, 1Re 3,5.7-12: 5 En Gabaón el Señor se apareció a Salomón en sueños durante la noche y le dijo: «Pide lo que quieras y yo te lo daré». Y Salomón respondió: 7 Ahora bien, Señor, Dios mío, me has hecho rey a mí, tu siervo, en lugar de mi padre, David; pero yo soy muy joven y no sé cómo actuar. 8 Estoy al frente del pueblo que te elegiste, pueblo numeroso, que no se puede contar ni calcular por su multitud. **9 Concédeme un corazón prudente para gobernar [otras traducciones: atento para juzgar] a tu pueblo y saber discernir entre lo bueno y lo malo.** Porque ¿quién, si no, podrá gobernar a este tu pueblo tan grande?». 10 El Señor vio con buenos ojos que Salomón hubiese pedido tal cosa, 11 y por eso le dijo: «Ya que me has hecho esta petición, y no has pedido para ti una vida larga, ni has pedido riquezas, ni has pedido la muerte de tus enemigos, sino que me has pedido sabiduría para gobernar con justicia, 12 hago lo que has dicho. Te doy un corazón sabio y prudente, como no hubo antes de ti ni lo habrá después.

Salmo 119/118: 57 El Señor es mi heredad: he prometido guardar tus palabras. **72 Mejor es para mí la Ley de tu boca que montones de oro y plata.** 76 Que tu misericordia me consuele, según la promesa que hiciste a tu siervo. 77 Que me alcance tu compasión, y viviré, porque **tu Ley es mi deleite.** 127 Por eso **amo tus mandamientos más que el oro, que el oro puro.** 128 Por eso estimo rectos tus mandatos, y detesto todo sendero falso. 129 **Admirables son tus preceptos,** por eso los guarda mi alma. 130 **La revelación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los sencillos.**

A. La petición de Salomón: la sabiduría, el discernimiento.

- Cuando el Señor dice a Salomón que le pida algo, éste con su petición - «Concédeme un corazón prudente para gobernar a tu pueblo y saber discernir entre lo bueno y lo malo», v. 9 - demuestra que es consciente de la misión que Dios le ha concedido de gobernar a su pueblo, y pide lo que es más importante para realizar esa misión: el discernimiento para gobernar con sabiduría. Otras traducciones ponen un corazón «dócil», es decir un corazón «que escucha», lo que sería tanto como escuchar la Palabra de Dios en todas las realidades y acontecimientos de la vida. Salomón prefiere ese don a otros bienes tales como una larga vida, riquezas, etc.
- Hoy día ocupan uno de los lugares preferentes en la vida los problemas económicos, y esto es justo en tanto en cuanto que se busque el legítimo bienestar de la familia o bien la creación de bienes para mejorar la calidad de vida de todos, etc. Pero esto es diferente del hecho de que en el corazón entren las diversas idolatrías (del poder, del dinero, etc.), o la envidia, el deseo de venganza, los celos, etc.

Hemos de considerar como sumamente importante el que, con la gracia de Dios, deseemos el don de un corazón dócil, prudente, que sepa escuchar la voz del Señor y encontrar así el justo camino de la felicidad que no depende de bienes que se corrompen. En definitiva, nosotros también pediremos la sabiduría que proviene de Dios, de su Palabra: “amo tus mandamientos más que el oro”, “son admirables tus preceptos”, la

“revelación de tus palabras ilumina, da inteligencia a los sencillos”, tu “Ley es mi deleite” (cfr. Salmo Responsorial de hoy, n. 119/118).

- A este respecto, es categórico un breve punto del Catecismo: “La bienaventuranza del cielo determina los criterios de discernimiento en el uso de los bienes terrenos en conformidad a la Ley de Dios” (n 1729).

B. Esta sabiduría, al ir más allá de los aspectos superficiales de las cosas y de los acontecimientos, descubre en ellos el significado último querido por el Señor. No se trata de la simple inteligencia o habilidad práctica.

Juan Pablo II, Audiencia general del 23 de abril de 2003

3. La idea que sugiere esta invocación de Salomón se desarrolla en nuestro cántico mediante una serie de peticiones dirigidas al Señor, para que conceda ese tesoro insustituible que es la sabiduría.

En el pasaje, recortado por la *liturgia de Laudes*, encontramos estas dos imploraciones: "Dame la sabiduría. (...) Mándala de tus santos cielos, de tu trono de gloria" (*Sg 9,4 Sg 9,10*). El fiel es consciente de que sin este don carece de guía, de una estrella polar que le oriente en las opciones morales de la existencia: "Soy hombre débil y de pocos años, demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes. (...) Sin la sabiduría, que procede de ti, (el hombre) será estimado en nada" (vv. 5-6).

Es fácil intuir que esta "sabiduría" no es la simple inteligencia o habilidad práctica, sino más bien la participación en la mente misma de Dios, que "con su sabiduría formó al hombre" (cf. v. 2). Por consiguiente, es la capacidad de penetrar en el sentido profundo del ser, de la vida y de la historia, traspasando la superficie de las cosas y de los acontecimientos para descubrir en ellos el significado último, querido por el Señor.

4. La sabiduría es como una lámpara que ilumina nuestras opciones morales de cada día y nos lleva por el camino recto, "para saber lo que es grato al Señor y lo que es recto según sus preceptos" (cf. v. 9). Por eso, la liturgia nos hace orar con las palabras del *libro de la Sabiduría* al inicio de una jornada, precisamente para que Dios, con su sabiduría, esté a nuestro lado y "nos asista en nuestros trabajos" de cada día (cf. v. 10), mostrándonos el bien y el mal, lo justo y lo injusto.

Cuando la Sabiduría divina nos lleva de la mano, nos adentramos con confianza en el mundo. A ella nos asimos, amándola con un amor sponsal, a ejemplo de Salomón, el cual, siempre según el *libro de la Sabiduría*, confesaba: "Yo la amé y la pretendí desde mi juventud; me esforcé por hacerla esposa mía y llegué a ser un apasionado de su belleza" (*Sg 8,2*).

C. El reino de los cielos, es decir, el reinado de Cristo en nosotros, es un tesoro de gran valor, por el que se venden los demás bienes (cfr. Evangelio de hoy). Este reinado se inaugura en esta tierra y llega a su plenitud en la vida eterna.

- o El cielo no significa un lugar sino una manera de ser. El cielo es la comunión plena y definitiva con Dios, destinada a los que creerán en el Señor. Vivir en el cielo es estar con Cristo. Cristo ha inaugurado en la tierra el Reino de los cielos.

- a) El cielo es la comunión de vida y de amor con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Vivir en el cielo es estar con Cristo.

- Cf. CEC 1025: Cuando recitamos el Padre nuestro y decimos “que estás en el cielo”, no significa un lugar («el espacio»), sino la majestad de Dios y su presencia en el corazón de los justos (Cf. CEC 2794 y 2802). El cielo es la comunión de vida y de amor con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta comunión de vida es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre (Cf. CEC 1024). Y ya desde ahora, somos llamados a esa comunión: «Si alguno me ama - dice el Señor- guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23) (Cf CEC 260). Vivir en el cielo es estar con Cristo.

- b) Cristo ha inaugurado en la tierra el Reino de los Cielos, que se manifiesta en sus palabras, en sus obras y en su presencia.

- CEC 567: El Reino de los cielos ha sido inaugurado en la tierra por Cristo. «Se manifiesta a los hombres en las palabras, en las obras y en la presencia de Cristo». (LG 5) La Iglesia es el germen y el comienzo de este Reino. Sus llaves son confiadas a Pedro.

- **CEC 541:** «El Reino de Dios está cerca» - «Después que Juan fue preso, marchó Jesús a Galilea; y proclamaba la Buena Nueva de Dios: "El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva"» (Mc 1, 15). «Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los cielos» (LG 3). Pues bien, la voluntad del Padre es «elevar a los hombres a la participación de la vida divina» (LG 2). Lo hace reuniendo a los hombres en torno a su Hijo, Jesucristo. Esta reunión es la Iglesia, que es sobre la tierra «el germen y el comienzo de este Reino» (LG 5).

- **Conc. Vaticano II, Const. Lumen gentium, n. 5:** El Reino de Dios «brilla delante de los hombres por la palabra, por las obras y por la presencia de Cristo. (...) Sobre todo, el Reino se manifiesta en la Persona del mismo Hijo del Hombre, que vino "a servir, y a dar su vida para redención de muchos" (Marcos 10, 45).»

- o **La vida cristiana es acoger a Cristo – hacerse su discípulo, aceptar su reinado - para, por la acción del Espíritu Santo, llegar a ser un solo espíritu con Él, y hacer así lo que agrada a Dios Padre.**

- **Los Padres identificaron a Cristo con la Sabiduría de Dios.**

Juan Pablo II, Audiencia general del 23 de abril de 2003

5. Los Padres de la Iglesia identificaron a Cristo con la Sabiduría de Dios, siguiendo a san Pablo, que definió a Cristo "fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (*1Co 1,24*).

Concluyamos con una oración de san Ambrosio, que se dirige a Cristo así: "Enséñame las palabras llenas de sabiduría, porque tú eres la Sabiduría. Abre mi corazón, tú que abriste el Libro. Ábreme la puerta del cielo, porque tú eres la Puerta. Si entramos por ti, poseeremos el reino eterno; si entramos por ti, no quedaremos defraudados, porque no puede equivocarse quien entra en la morada de la Verdad" (*Commento al Salmo 118, 1: SAEMO 9, p. 377*).

- **El Reino de los cielos pertenece a quien acoge a Cristo en su corazón.**

- **CEC 544:** El Reino pertenece a los pobres y a los pequeños, es decir a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para «anunciar la Buena Nueva a los pobres» (Lc 4, 18) (Cf 7, 22). Los declara bienaventurados porque de «ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5, 3); a los «pequeños» es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (Cf Mt 11, 25). (...)

- **Para conocer el Reino de los cielos es preciso hacerse discípulo de Cristo**

- **CEC 546:** (...) Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para «conocer los Misterios del Reino de los cielos» (Mt 13, 11). Para los que están «fuera» (Cf Mc 4, 11), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático (Cf Mt 13, 10-15).

- o **Vivir como discípulos de Cristo es nuestro tesoro. Allí debe estar nuestro corazón: «Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6, 21)».**

- **Algunos tesoros del reino de los cielos.**

a) La fe que hemos recibido, que se expresa en los símbolos o Credo, es un tesoro. Lo que nos pide el primer mandamiento de la Ley de Dios.

- Cfr. CEC 2088: "Que alimentemos y guardemos con prudencia y vigilancia nuestra fe y que rechacemos todo lo que se opone a ella". (...)

b) Los sacramentos son un tesoro recibido de Cristo

- **CEC 1117- LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA** - Por el Espíritu que la conduce «a la verdad completa» (Juan 16, 13), la Iglesia reconoció poco a poco este tesoro recibido de Cristo y precisó su «dispensación», tal como lo hizo con el canon de las Sagradas Escrituras y con la doctrina de la fe, como fiel dispensadora de los misterios de Dios (Cf Mateo 13, 52; 1 Co 4, 1). Así, la Iglesia ha precisado a lo largo de los siglos, que, entre sus celebraciones litúrgicas, hay siete que son, en el sentido propio del término, sacramentos instituidos por el Señor.

c) Las divinas Escrituras son veneradas como el Cuerpo del Señor.

- **CEC 103:** La Iglesia ha venerado siempre las divinas Escrituras como venera también el Cuerpo del Señor. No cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo (Cf DV 21).

- **Salmo 119/118:** Las palabras del Salmo que se recitan hoy en la Eucaristía, indican el grande valor que tiene la Palabra de Dios: vale más "que montones de oro y plata", es «deleite», vale «más que el oro puro», es «admirable», «ilumina y da inteligencia».

d) Sobre todo, se debe estimar mucho el Evangelio, y abrazarlo con alegría.

- **San Juan Crisóstomo** (Patriarca de Constantinopla – 347/407), *In Matth. 47, 2*: «Así como las dos parábolas del grano de mostaza y la levadura no difieren mucho entre ellas, así también las parábolas del tesoro y de la perla se asemejan: una y otra dan a entender que tenemos que preferir y estimar el Evangelio por encima de todo. (...) Con estas dos últimas parábolas nosotros aprendemos no sólo que es necesario dejar todos los otros bienes para abrazar el Evangelio, sino que tenemos que hacer este acto con alegría. Quien renuncia a cuánto posee, tiene que ser persuadido que éste es un negocio, no una pérdida. ¿Ves cómo el Evangelio está escondido en el mundo, como un tesoro, y cómo encierra en sí todos los bienes? Si no vendes todo, no puedes adquirirlo y, si no tienes un alma que lo busca con la misma solicitud y con el mismo ardor con que se busca un tesoro, no puedes encontrarlo. Dos condiciones son absolutamente necesarias: tenerse lejos de todo lo que es terrenal y estar vigilantes. "El reino de los cielos - dice Jesús - es como un comerciante que busca perlas finas; y, cuando encuentra una perla de gran valor, va y vende todo cuanto tiene y la compra" (Mt 13,45-46). Una sola, en efecto, es la verdad y no es posible dividirla en muchas partes. Y como quién posee la perla sabe que es rico, pero a menudo su riqueza no aparece ante los ojos de los otros, porque él la tiene en la mano - y no se trata en este caso de peso y de tamaño material -, la misma cosa ocurre con el Evangelio: los que lo poseen saben que son ricos, mientras quién no cree, no conociendo este tesoro, también ignora nuestra riqueza».

D. El amor de Cristo urge, a todos los fieles, a dar a conocer este tesoro

- Prólogo del Catecismo de la Iglesia Católica, 3: Quienes con la ayuda de Dios han acogido el llamamiento de Cristo y han respondido libremente a ella [a la llamada de Cristo, Prólogo del Catecismo], se sienten por su parte urgidos por el amor de Cristo a anunciar por todas partes en el mundo la Buena Nueva. Este tesoro recibido de los apóstoles ha sido guardado fielmente por sus sucesores. Todos los fieles de Cristo son llamados a transmitirlo de generación en generación, anunciando la fe, viviéndola en la comunión fraterna y celebrándola en la liturgia y en la oración (Cf Hch 2, 42).

E. Benedicto XVI

a) cuatro aspectos esenciales del tesoro de nuestra fe: oración personal y silencio, oración litúrgica, práctica de la caridad y vocaciones.

Cfr. Discurso en Nueva York, el 19 de abril de 2008

Queridos amigos, el ejemplo de los santos nos invita, también, a considerar cuatro aspectos esenciales del tesoro de nuestra fe: oración personal y silencio, oración litúrgica, práctica de la caridad y vocaciones.

o Oración

- **La plegaria, para desarrollar la relación personal con Dios y el servicio a los demás, y para no replegarnos sobre nosotros mismos.**

Lo más importante es que ustedes desarrollen su relación personal con Dios. Esta relación se manifiesta en la plegaria. Dios, por virtud de su propia naturaleza, habla, escucha y responde. En efecto, San Pablo nos recuerda que podemos y debemos "ser constantes en orar" (cf. 1 Ts 5,17). En vez de replegarnos sobre nosotros mismos o de alejarnos de los vaivenes de la vida, en la oración nos dirigimos hacia Dios y, por medio de Él, nos volvemos unos a otros, incluyendo a los marginados y a cuantos siguen vías distintas a las de Dios (cf. *Spe salvi*, 33). Como admirablemente nos enseñan los santos, la oración se transforma en esperanza en acto. Cristo era su constante compañero, con quien conversaban en cualquier momento de su camino de servicio a los demás.

- **Contemplación y silencio, para escuchar a Dios.**

Hay otro aspecto de la oración que debemos recordar: la contemplación y el silencio. San Juan, por ejemplo, nos dice que para acoger la revelación de Dios es necesario escuchar y después responder anunciando lo que hemos oído y visto (cf. 1 Jn 1,2-3; *Dei Verbum*, 1). ¿Hemos perdido quizás algo del arte de escuchar? ¿Dejan ustedes algún espacio para escuchar el susurro de Dios que les llama a caminar hacia la bondad? Amigos, no tengan miedo del silencio y del sosiego, escuchen a Dios, adórenlo en la Eucaristía. Permitan que su palabra modele su camino como crecimiento de la santidad.

- **Oración litúrgica, para que Jesús actúe, nos atraiga hacia Él y nos transforme en amor hacia todos.**

En la liturgia encontramos a toda la Iglesia en plegaria. La palabra “liturgia” significa la participación del pueblo de Dios en “la obra de Cristo Sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia” (*Sacrosanctum concilium*, 7). ¿En qué consiste esta obra? Ante todo se refiere a la Pasión de Cristo, a su muerte y resurrección y a su ascensión, lo que denominamos “Misterio pascual”. Se refiere también a la celebración misma de la liturgia. Los dos significados, de hecho, están vinculados inseparablemente, ya que esta “obra de Jesús” es el verdadero contenido de la liturgia. Mediante la liturgia, “la obra de Jesús” entra continuamente en contacto con la historia; con nuestra vida, para modelarla. Aquí percibimos otra idea de la grandeza de nuestra fe cristiana. Cada vez que se reúnen para la Santa Misa, cuando van a confesarse, cada vez que celebran uno de los Sacramentos, Jesús está actuando. Por el Espíritu Santo los atrae hacia sí, dentro de su amor sacrificial por el Padre, que se transforma en amor hacia todos. De este modo vemos que la liturgia de la Iglesia es un ministerio de esperanza para la humanidad. Vuestra participación colmada de fe es una esperanza activa que ayuda a que el mundo -tanto santos como pecadores- esté abierto a Dios; ésta es la verdadera esperanza humana que ofrecemos a cada uno (cf. *Spe salvi*, 34).

o La plegaria personal, la contemplación y la participación en la liturgia, nos acercan más a Dios y nos preparan para servir a los demás.

Su plegaria personal, sus tiempos de contemplación silenciosa y su participación en la liturgia de la Iglesia les acerca más a Dios y les prepara también para servir a los demás. Los santos que nos acompañan esta tarde nos muestran que la vida de fe y de esperanza es también una vida de caridad. Contemplando a Jesús en la cruz, vemos el amor en su forma más radical. Comencemos a imaginar el camino del amor por el que debemos marchar (cf. *Deus caritas est*, 12). Las ocasiones para recorrer este camino son muchas. Miren a su alrededor con los ojos de Cristo, escuchen con sus oídos, intuyan y piensen con su corazón y su espíritu. ¿Están ustedes dispuestos a dar todo por la verdad y la justicia, como hizo Él? Muchos de los ejemplos de sufrimiento a los que nuestros santos respondieron con compasión, siguen produciéndose todavía en esta ciudad y en sus alrededores. Y han surgido nuevas injusticias: algunas son complejas y derivan de la explotación del corazón y de la manipulación del espíritu; también nuestro ambiente de la vida ordinaria, la tierra misma, gime bajo el peso de la avaricia consumista y de la explotación irresponsable. Hemos de escuchar atentamente. Hemos de responder con una acción social renovada que nazca del amor universal que no conoce límites. De este modo estamos seguros de que nuestras obras de misericordia y justicia se transforman en esperanza viva para los demás.

o Las vocaciones

(...)

- **Alimentados por la plegaria personal, preparados en el silencio, modelados por la liturgia de la Iglesia, cada uno descubrirá la vocación particular a la que el Señor le llama**

Amigos, de nuevo les pregunto, ¿qué decir de la hora presente? ¿Qué están buscando? ¿Qué les está sugiriendo Dios? Cristo es la esperanza que jamás defrauda. Los santos nos muestran el amor desinteresado por su camino. Como discípulos de Cristo, sus caminos extraordinarios se desplegaron en aquella comunidad de esperanza que es la Iglesia. Y también ustedes encontrarán dentro de la Iglesia el aliento y el apoyo para marchar por el camino del Señor. Alimentados por la plegaria personal, preparados en el silencio, modelados por la liturgia de la Iglesia, descubrirán la vocación particular a la que el Señor les llama. Acójala con gozo. Hoy son ustedes los discípulos de Cristo. Irradien su luz en esta gran ciudad y en otras. Den razón de su esperanza al mundo. Hablen con los demás de la verdad que les hace libres. Con estos sentimientos de gran esperanza en ustedes, les saludo con un “hasta pronto”, hasta encontrarme de nuevo con ustedes en julio, para la Jornada Mundial de la Juventud en Sidney.

b) La sabiduría forma amigos de Dios, hace crecer hacia la madurez. La renuncia para encontrar a Cristo

Cfr. Homilía el 6 de mayo de 2006

o La sabiduría hace crecer a la persona desde dentro hacia la plena medida de la madurez; la plenitud de esa vida consiste en la amistad con Dios.

La primera lectura está tomada del libro de la Sabiduría, atribuido tradicionalmente al gran rey Salomón. Todo este libro es un himno de alabanza a la Sabiduría divina, presentada como el tesoro más valioso que el hombre puede desear y descubrir, el bien más grande, del que dependen todos los demás bienes. Por la Sabiduría vale la pena renunciar a todo lo demás, porque sólo ella da pleno sentido a la vida, un sentido que supera incluso la muerte, pues pone en comunión real con Dios. La Sabiduría —dice el texto— “forma amigos de Dios” (*Sg 7,27*), bellísima expresión que

pone de relieve, por una parte, el aspecto "formativo", es decir, que la Sabiduría forma a la persona, la hace crecer desde dentro hacia la plena medida de su madurez; y, al mismo tiempo, afirma que esta plenitud de vida consiste en la amistad con Dios, en la armonía íntima con su ser y su querer.

o La sabiduría actúa en el corazón, que es el centro espiritual de la persona.

El lugar interior en el que actúa la Sabiduría divina es lo que la Biblia llama el corazón, centro espiritual de la persona. Por eso, con el estribillo del salmo responsorial hemos rezado: "Danos, oh Dios, la sabiduría del corazón". El salmo 89 recuerda también que esta sabiduría se concede a quien aprende a "calcular sus años" (v. 12), es decir, a reconocer que todo lo demás en la vida es pasajero, efímero, caduco; y que el hombre pecador no puede y no debe esconderse delante de Dios, sino reconocerse como lo que es, criatura necesitada de piedad y de gracia. Quien acepta esta verdad y se dispone a acoger la Sabiduría, la recibe como don.

o "Dejar" para "encontrar": la renuncia para encontrar a Cristo, sabiduría divina encarnada.

Así pues, por la sabiduría vale la pena renunciar a todo. Este tema de "dejar" para "encontrar" está en el centro del pasaje evangélico que acabamos de escuchar, tomado del capítulo 19 de san Mateo. Después del episodio del "joven rico", que no había tenido la valentía de separarse de sus "muchas riquezas" para seguir a Jesús (cf. Mt [Mt 19,22](#)), el apóstol san Pedro pregunta al Señor qué recompensa les tocará a ellos, los discípulos, que en cambio han dejado todo para estar con él (cf. Mt [Mt 19,27](#)). La respuesta de Cristo revela la inmensa generosidad de su corazón: a los Doce les promete que participarán en su autoridad sobre el nuevo Israel; además, asegura a todos que "quien haya dejado" los bienes terrenos por su nombre, "recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna" ([Mt 19,29](#)).

Quien elige a Jesús encuentra el tesoro mayor, la perla preciosa (cf. Mt [Mt 13,44-46](#)), que da valor a todo lo demás, porque él es la Sabiduría divina encarnada (cf. Jn [Jn 1,14](#)) que vino al mundo para que la humanidad tenga vida en abundancia (cf. Jn [Jn 10,10](#)). Y quien acoge la bondad, la belleza y la verdad superiores de Cristo, en quien habita toda la plenitud de Dios (cf. Col [Col 2,9](#)), entra con él en su reino, donde los criterios de valor de este mundo ya no cuentan e incluso quedan completamente invertidos.

Una de las definiciones más bellas del reino de Dios la encontramos en la segunda lectura, un texto que pertenece a la parte exhortativa de la *carta a los Romanos*. El apóstol san Pablo, después de exhortar a los cristianos a dejarse guiar siempre por la caridad y a no dar escándalo a los que son débiles en la fe, recuerda que el reino de Dios "es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" ([Rm 14,17](#)). Y añade: "Quien así sirve a Cristo, se hace grato a Dios y aprobado por los hombres.

Procuremos, por tanto, lo que fomente la paz y la mutua edificación" ([Rm 14,18-19](#)). "Lo que fomente la paz" constituye una expresión sintética y perfecta de la sabiduría bíblica, a la luz de la revelación de Cristo y de su misterio de salvación. La persona que ha reconocido en él la Sabiduría encarnada y ha dejado todo lo demás por él se transforma en "artífice de paz", tanto en la comunidad cristiana como en el mundo; es decir, se transforma en semilla del reino de Dios, que ya está presente y crece hacia su plena manifestación.

Por tanto, desde la perspectiva del binomio Sabiduría-Cristo, la palabra de Dios nos ofrece una visión completa del hombre en la historia: la persona que, fascinada por la sabiduría, la busca y la encuentra en Cristo, deja todo por él, recibiendo en cambio el don inestimable del reino de Dios, y revestida de templanza, prudencia, justicia y fortaleza —las virtudes "cardinales"— vive en la Iglesia el testimonio de la caridad.